Resumen

Con base en un estudio realizado en México y en las Filipinas, este artículo examina los estragos que han causado la recesión y el ajuste en países en desarrollo, con mayor proporción en la mujer que en el hombre, en hogares urbanos de bajo ingreso. Aunque en este análisis encontramos que en la mujer recae la mayor responsabilidad financiera de reestructuración económica, las consecuencias con respecto a los cambios en sus vidas son variables. Los factores críticos que afectan la naturaleza y la magnitud de los impactos están en los contextos económicos del ámbito local y nacional donde se han llevado a cabo las reformas neoliberales, y las variaciones en los roles y las relaciones de género, ambos desde sus orígenes y niveles sociales más amplios. Siguiendo un repaso conceptual general de aspectos específicos de género, de recesión y ajuste estructural en los países en desarrollo, así como la discusión de parámetros clave de los roles de género en México y en las Filipinas, se observa que esto repercutirá en la manera en que las vidas de las mujeres son afectadas por la reestructuración. Los estudios de caso presentan los cambios económicos y las consecuencias para las poblaciones pobres urbanas en México y en las Filipinas entre 1980 y 1990. La sección de conclusiones identifica similitudes claves y diferencias en cuanto a los impactos específicos de la recesión y ajuste en torno al género, esto con referencia no sólo a las dimensiones prácticas del cambio sino a lo que éstas significan para la mujer en los términos ideológicos. Mientras que cambios importantes en los roles de género parecen ocurrir bajo el ajuste estructural, particularmente con respecto al rol de la mujer en cuanto a la generación de ingresos para sus hogares, los cambios en las relaciones de género son menos inmediatos u obvios.

*El papel de la mujer en la recesión y reestructuración económica en México y en las Filipinas**

Silvia Chant

Introducción

Muchos análisis sobre la recesión y reestructuración económica en los países en desarrollo de los años ochenta y noventa, han discutido que los impactos sobre la pobreza urbana han influido más sobre la mujer que sobre el hombre, y que los mayores cambios se han engendrado en las vidas de las mujeres como un resultado en los ajustes políticos. Este documento explora los aciertos en el contexto de los estudios de caso sobre México y las Filipinas en la última década y media. Mi argumento principal es que la mujer tiende a llevar a cuestas las consecuencias de los costos de recesión y ajuste en una forma mayor que el hombre, pero sus respuestas particulares en momentos de crisis difieren en naturaleza y magnitud, dependiendo de dos factores principales. Primero, el contexto económico en los cuales los programas de ajuste se han llevado a cabo y, segundo, el amplio contexto del rol de género y las relaciones pertinentes a cada país individual. En cambio, los resultados del ajuste para la mujer también son variables en términos de su posición, bienestar y su relación con el hombre en el ámbito del hogar. Sin considerar las dificultades que involucran el establecer un contacto directo en los cambios económicos de macro-nivel y las respuestas en el micro-nivel, el documento inicia con un concepto general de los aspectos específicos de género en la recesión y ajuste estructural en países en desarrollo, y continúa delineando parámetros claves en los roles y relación de género, tanto en México como en las Filipinas, que influencian la vida de la mujer como consecuencia de la reestructuración. Esto es seguido por estudios de caso del cambio en México y las Filipi-

nas en los años ochenta y noventa, con sus consecuencias hacia la población pobre urbana, con especial referencia hacia la mujer. La sección de conclusiones enfatiza en las similitudes y diferencias en cuanto a las tendencias de las actividades de la mujer hacia la supervivencia en el hogar, además de los intentos por identificar tanto su naturaleza como sus orígenes.

Género y ajuste estructural: un resumen conceptual

El triple rol de las mujeres

Con referencia al análisis de los efectos de la crisis y el ajuste estructural sobre la mujer es el reconocimiento de su triple desempeño [identificado por Moser 1989, 1992], que comprende las actividades de 1. R*eproducción en el hogar* como la labor doméstica y el cuidado de los hijos. 2. *Producción económica en el hogar* como las actividades generadores de ingresos. 3. *Mantenimiento y administración comunitaria.* [Ver Elso, 1989. Hijoro, 1993] Desde el ajuste estructural, normalmente los programas han ejercido opresión en el hogar en términos de disminución de los ingresos reales, al mismo tiempo involucran recortes en el presupuesto público y el subsidio, los cuales afectan los elementos de la reproducción y la supervivencia en el hogar (a través de los incrementos del consumo, servicios urbanos, servicios de salud, etcétera). Particularmente la vida de la mujer se considera sujeta al cambio, ya que los mayores ingresos son requeridos a través de un amplio rango de actividades. En otras palabras, el sobrecargo impuesto en la mujer parece intensificar la recesión conduciendo no sólo a la relocalización del esfuerzo entre las tareas. Éstas a menudo no sólo crean impactos adicionales en las mujeres (sobre todo las más jóvenes), sino que hay un aumento considerable en el agotamiento de su tiempo y capacidad [Leso, 1989, 1992. González de la Rocha, 1988, Moser, 1989, 1992, Palan, 1993]. Por ejemplo, el trabajo no gratificado de la mujer en el hogar y a nivel comunitario se incrementa, de manera que esto compensa las carencias en el gasto público, así como para garantizar el consumo mínimo en el hogar como consecuencia de la disminución de los presupuestos. Este último puede involucrar el consumir más tiempo planeando los gastos del hogar, búsqueda de productos más económicos, o el hecho de realizar viajes más frecuentes a las tiendas para comprar los alimentos en pequeñas cantidades, en otras ocasiones elaborar o cultivar productos en el hogar, mismos que en condiciones normales se comprarían en las tiendas. [Afshar y Dennis, 1992; Beneria, 1991; González de la Rocha, 1988, 1991; Rodríguez, 1993, Vickers, 1991; Woodward, 1993]

Las mujeres por lo general tienden a formar lazos de tipo social en el terreno amistoso, ya sea con la misma familia o con los amigos. También tienden a preservar y cultivar dichos lazos, los cuales pueden generar fuentes de ciertos recursos como ropa, alimento, ayuda económica trabajo, información etcétera [de Barbieri y de Oliveira, 1989, p. 21;Blumberg, 1991b, pp.107-110; Elso, 1991, p.48; Rodríguez, 1993; Willis, 1993]. Además, en tiempos de recesión, ella tiende a buscar la manera de nivelar el gasto familiar, ya sea mediante la búsqueda de nuevo empleo o el de incluir más actividades remunerativas a su rutina cotidiana. [Ver, por ejemplo, Daines y Seddon, 1991; Elso, 1989, 1991; Kanji, 1991, 1994; Moser, 1989, 1992; Prates, 1990; Serrano, 1990; Waylen, 1992] Aunque el hombre también tiende a redoblar sus esfuerzos para generar ingresos (en términos de trabajar más horas o la búsqueda de nuevas fuentes de dinero por ejemplo), la realidad es que el papel del hombre en la sobrevivencia del hogar lo coloca en la categoría de un triunfador, esto significa que ellos tienen una tendencia a evitar las labores adicionales inducidas por el ajuste estructural. En realidad muchos estudios han demostrado que el hombre no toma parte en las actividades del hogar cuando la mujer se encuentra ausente. [Ver Chant, 1993, 1994b; Dieckxsens, 1992; Gabayet y Lailson, 1990; Massiah, 1989; Rodríguez, 1993]

La recesión y el empleo

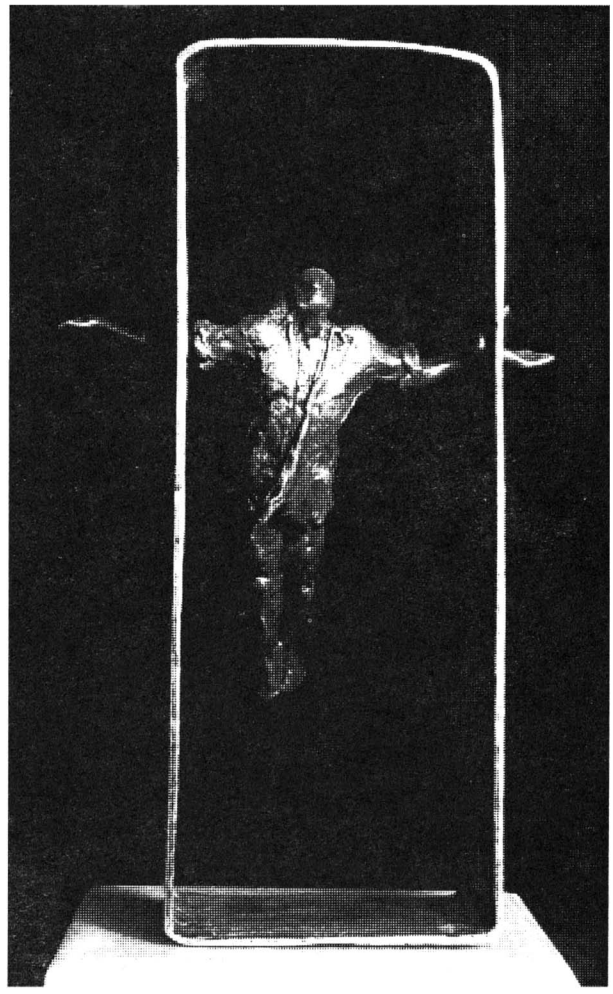
Otro aspecto del ajuste económico son los cambios en las contrataciones, las cuales parecen afectar más a la mujer que al hombre. Durante la época de crisis y la reestructuración, el mercado está sujeto a sufrir las consecuencias (aunque la economía informal absorba alguna de las labores las cuales han sido desplazadas por el sector formal), dándose un incremento del desempleo.

La crisis también parece haberse exacerbado con las tendencias de regulación, con la erosión de los derechos y los beneficios de los trabajadores [Standing, 1989; Standing y Tokma, 1991; Tironi y Lagos, 1991; Harey, 1989]. Aunque las reducciones recaen primordialmente en el sector formal de la economía, la cual a su vez tiene tendencias a reclutar al sexo masculino [Daines y Seddon, 1991, p. 11], el sector informal en el cual es más factible que la mujer sea empleada, raramente escapa a los efectos adversos.

La competencia en el sector informal se ha intensificado enormemente: primero porque la gran mayoría de la gente inicia la búsqueda de empleos con la idea de contrarrestar la caída brusca de los ingresos económicos; segundo, porque los trabajadores contratados por la economía formal son tan sólo agregados al mar de la economía informal, y tercero porque el mercado de los bienes y servicios son negociados por trabajadores informales como resultado de la disminución de los niveles del poder adquisitivo entre la población en general [ver Chant, 1994, p. 97; Elson, 1991, p. 48; Kanji, 1991, p. 990; Stewart, 1992, p. 26]. Esto ha conllevado a aseverar que durante los periodos de crisis, las contribuciones de carácter económico por cuenta de la mujer son más factibles a sufrir una caída que las contribuciones hechas por el hombre [Elson, 1992, p. 56; Kanji, 1994; Palmer, 1992], sin tomar en cuenta que el hombre tanto en el sector formal e informal también están predispuestos a experimentar pérdidas en sus salarios [Elso, 1991]. Además se debe tomar en cuenta que las mujeres sufren un alto grado de marginalización en cuanto a fuerza de trabajo, así mismo desigualdades con relación a la distribución del empleo.

Gastos, ingresos y consumo

A medida de que la competencia por los empleos tan escasos ha venido disminuyendo los ingresos, la presión por mantener el ingreso económico nivelado en los hogares aumenta la necesidad de la mujer para reintegrarse a la fuerza de trabajo. Esto exacerba el comportamiento de la mujer a invertir la totalidad de sus ingresos en el hogar, particularmente para la subsistencia diaria. El hombre, por otro lado, quien ha disfrutado el traer consigo alguna parte de sus ingresos, se puede ver en la necesidad de recortar sus gastos personales. [Appleton, 1991; Blumberg, 1991b, pp. 101-104; Dwyer y Bruce, 1988; Gorrín y Sebstad, 1989, p. 938; Kabeer y Joekes, 1991, p. 2; Young, 1992]



Aunque en algunas ciudades de México, como Guadalajara y Querétaro, existe evidencia de que la crisis ha forzado al hombre a contribuir más con el gasto diario [González de la Rocha, 1988, p. 219; Chant 1 1994b], en otras, como en la ciudad de México, parece que ha habido un cambio no muy notorio, donde las contribuciones hacia el gasto familiar no son equitativas y que a su vez esto ha causado estrés y decepción entre las mujeres en un contexto de pobreza extrema [Beneria, 1991, pp. 177-178]. Además, Elson [1989, p. 68] afirma que en términos generales "el incremento del ingreso en el hogar y la reducción en el gasto personal del hombre requiere de negociaciones que en muchos de los casos han sido ahogadas por la tensión".

En otras palabras, el hablar de ingresos y gastos económicos en el hogar ha conducido en muchas ocasiones al conflicto [Kanji, 1994, p. 148]. Además es importante recordar que las desigualdades en los terrenos de la edad y sexo en materia del consumo de los bienes materiales y de los servicios que el dinero puede comprar también se intensifica en condiciones de crisis [Elso, 1991, p. 44; Evans, 1993; Moser, 1993; Patel, 1992].

Ajuste y estructura en el hogar

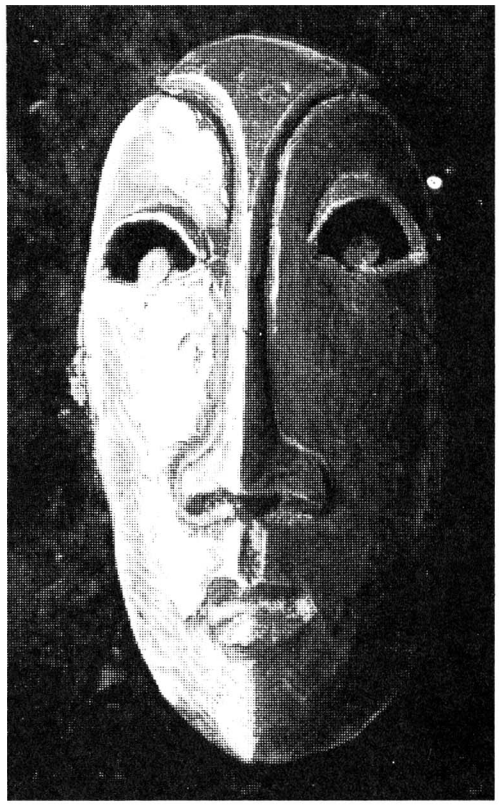
Aunque hasta ahora he conducido una discusión en materia de los efectos del ajuste a nivel del hogar, debe aclararse que quienes estén a cargo del hogar, ya sea tanto el hombre como la mujer, no se les debe clasificar como unidades independientes. Diane Elson [1991, p. 44] afirma que los cambios en los ingresos, precios, niveles del gasto público y la naturaleza de las condiciones de trabajo no

es muy común que afecten a todos los miembros del hogar de la misma manera [Koopman, 1991]. Elson, además, observó que las diferencias dentro del hogar con relación a la pobreza están relacionadas con variaciones de tipo interno, las cuales una vez más impactarán a la mujer en un mayor grado que al hombre.

Responsable del hogar

Mientras que en la mayoría de los hogares en las áreas urbanas en países en desarrollo están dirigidos por los hombres, una proporción significantivay creciente(entre 10 y 40%) de éstos son dirigidos por mujeres [ver Buvinic y Gupta, 1993; también Chant, Capítulo 3, Verley, 1993].

A los hogares encabezados por mujeres, en cambio, se les ha caracterizados por ser los más afectados por la crisis debido, entre otras cosas, a su bajo poder adquisitivo y su limitado abastecimiento de labor de reserva en comparación con los hogares dirigidos por los hombres [Buvinic, *et al.*, 1992; Elson 1989, p. 68; Haddad, 1991; Standing, 1989, p. 1093]. Irene Tinker [1990, p.5] afirma que: "las bajas en la economía global han recaído más pesadamente en las mujeres que encabezan los hogares (las cuales se encuentran en todas partes del mundo), las más pobres de las pobres, ejemplificando así la frase 'la feminización de la pobreza'..." Además existen peligros obvios en asumir que el estatus de las mujeres en la sociedad y como integrantes de la fuerza de trabajo (cuando éstas fungen como dirigentes de los hogares) representan un indicador automático del bienestar en los hogares [Brydon y Chant, 1989, pp. 149-151; Chant, 1985; Evans, 1992, p.22], o que estas mujeres pueden en cualquier sentido, ser vistas de manera homogénea [ver Bradshaw, 1995[a],b; Chant, forthcoming a; Etienne, 1983; Heyzer, 1986, p. 149; Joekes, 1985; Moser, 1993; Youssef y Hetier, 1993].



Por ejemplo, la distribución de los recursos dentro del hogar puede ser menos conflictiva y más equitativa en hogares dirigidos por las mujeres comparados con algunos de aquéllos dirigidos por los hombres, en que menos dinero puede gastarse en bienes sin mérito como alcohol, e invertir más en la educación y nutrición de los hijos [ver por ejemplo Appleton, 1991; Bruce y Lloyd, 1992; Casinader *et al.*, 1987; Chant, 1985b; Hoddinott y Haddad, 1991; Kanji, 1991, p. 151; Kennedy y González de la Rocha, 1994; Koussoudji y Mueller, 1983; Peterson, 1993, p. 581]. Además de esto, puede existir una mayor utilización de la capacidad de laborar en las mujeres que no tienen una pareja, además de que estarán libres de las barreras que a menudo se les impone por parte de los hombres cuando éstos son los que encabezan los hogares, los cuales por muy variadas razones incluyendo el temor, orgullo y celos, pueden prohibir a sus esposas (y sus hijas) trabajar [Ver Chant, 1985[a], b, 1994a; Stichter, p.14 1990, p. 60; Willis, 1993, p. 71].

Existen evidencias de que las mujeres que dirigen los hogares no están necesariamente en mayor desventaja en cuanto al trabajo e ingresos en comparación con los hombres. Esto ha sido demostrado en estudios detallados en áreas pobres urbanas donde los grados de dependencia, pueden no solamente ser menores, sino que los ingresos *per cápita* en hogares dirigidos por mujeres son mayores [ver Chant, 1991, p. 204, Tabla 7.1; Seiby, *et al.*, 1990a. p. 95]. El potencial para la sobrevivencia bajo condiciones difíciles se puede acrecentar mediante la conversión de las unidades madre-hijo como dirigentes de hogares en otras ocasiones, incluyendo la participación de familiares y/o amigos [Acosta Díaz, 1992; Bolles, 1986; Bryceson, 1985; Safa, 1993]. Además muchos estudios, especialmente aquéllos en Latinoamérica y durante los años de crisis, indican que existe un incremento en cuanto a dirigentes de hogares sean éstos hombres o mujeres [Chant, 1994a, b; González de la Rocha, 1998; Moser, 1989; Selby *et al.*, 1990b]. ♦

Agradecemos la traducción del inglés a Judith Galván Araiza